LA SONRISA DE GIOCONDA

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO

PERSONAJES

—

LEONARDO — STELLO — FLORIO — ANTONIO
ISMAEL

En el estudio de Leonardo.

LA SONRISA DE GIOCONDA

ACTO ÚNICO

ESCENA PRIMERA

FLORIO, ANTONIO, ISMAEL

ISMAEL

Bien hallados, Antonio y Florio, amigos míos.

ANTONIO

Bien venido otra vez á Florencia, Ismael.

ISMAEL

¿Y Leonardo, vuestro maestro?

ANTONIO

No tardará. Aquí le esperamos. Salió á ver la jirafa. Con el vulgo curioso se estrujará por esas calles por contemplar á ese raro animal.

ISMAEL

Yo le traje de africanas tierras para hacer de él presente al *Magnífico*. ¿Aún no le visteis?

FLORIO

La curiosidad pide humor y gusto, y nosotros no los tenemos.

ISMAEL

¿Tan mal os trata la fortuna?

FLORIO

Dejó de tratarnos. Clavó su rueda, y para nada se acuerda de nosotros.

ANTONIO

Y eso es lo peor. La quietud enmohece los espíritus, y los nuestros son ya como espadas roñosas.

ISMAEL

Eso quiere decir que vuestro maestro no prospera tampoco, ya que unisteis vuestra suerte á la suya.

FLORIO

Cómo ha de prosperar si á todo acude y á nada atiende. Trabajos tiene de continuo encomendados que á otro cualquiera le darían holgura y fama; pero él tanta demora y tan poca atención pone en cuanto se le confía, que los grandes señores ya se ofenden y reniegan de Leonardo, que tan mal se aviene á servirlos, y antes parece hacer burla y menosprecio de ellos.

ISMAEL

Es su condición. Así se ve siempre abrumado de deudas, á pesar de tales valiosos protectores. Pero al llegar aquí parecióme posible que algo hubiera cambiado; estas galerías que siempre le sirvieron de talleres y de ordinario se hallaban en el mayor desorden, con los más extraños proyectos de maquinarias y de artificios, amontonados en confusión por todas partes, ahora sorprenden por su compostura y adorno... Ricos tapices, mullidos sitiales, pebeteros de Oriente, instrumentos de música y las más raras frutas y flores con tan exquisito gusto dispuestas en canastillas como si á Pomona y á Flora les hubieran de ser ofrecidas en altares paganos.

FLORIO

Y bien parece que á una diosa es el culto, y por una deidad, bien que humana, devoción y ofrenda.

ISMAEL

¿Leonardo enamorado?

FLORIO

¿Qué te sorprende? ¿Cuándo no lo estuvo sin estarlo nunca? Cada hora en cada día es un amor para Leonardo. Un amor son sus rosales de Bengala, prendidos de rosas carmesíes; un amor son los cisnes bogadores en el estanque de esos jardines; un amor es su caballo berberisco; un amor son los áspides ponzoñosos que guarda entre fanales; un amor son esas pomas de oro de un árbol cultivado por él, y, según dicen, lleva en su savia un veneno de tanta sutileza, que basta con morder en uno de sus frutos para morir al poco tiempo de tan natural muerte, que no es posible hallar vestigio en el fruto, en el árbol ni en el muerto. Toda forma bella es amor para Leonardo; sea envoltura de virtudes ó de maldades. Las rosas

dan su aroma; las aves sus gorjeos, y los áspides sus mordeduras venenosas; todo es igual si las rosas son bellas, y es bello el volar de las aves, y es bello el arrastrarse ondulante de los áspides, evocadores del Nilo azul de aquel Egipto misterioso que inmortalizó la muerte en sus momias; allí, donde la divina Cleopatra, mujer entre todas las mujeres, quiso aprender de la serpiente enemiga, no como Eva madre, la ciencia del bien y del mal, que nada importa, el arte bello de amar y de morir.

ISMAEL

¡Ah! Todos locos como él en esta casa de Leonardo.

ANTONIO

Cuida no cobremos la razón y aprendamos en ti á negociar con usura.

ISMAEL

¡Ah, cristianos! No podéis nunca hablar con uno de mi raza sin mostrarle vuestro desprecio.

ANTONIO

No, Ismael; tú eres un buen judío.

FLORIO

El de la diestra cruz, que bien pudo asentarse á la diestra de Dios en el Paraíso.

ISMAEL

El buen ladrón, quieres decir. Mal agradecéis las veces que vuestro maestro pudo atender á

sustentaros merced á mis buenos oficios, y no diréis que de vuestro maestro puede esperarse logro.

FLORIO

Nada perdiste si no ganaste mucho. Ya es mucho la estimación de Leonardo.

ISMAEL

¿Su estimación? Igual para todos. La misma en que tiene á sus áspides.

ANTONIO

¿Por qué no? De tus virtudes le importa poco á Leonardo, y en tu rostro y figura eres un bello ejemplar de tu raza. ¿Quién te dice que si algún día Leonardo pintara un Cristo no te solicitaría para su modelo? ¿Puedes aspirar á mayor gloria?

FLORIO

¡Devoto Cristo sería! Un judío el modelo y un pagano el artista. Condenados serían los que á él se encomendasen; no lo pondría yo en convento de monjas, que antes amor que piedad despertara.

ANTONIO

Eso no, que Leonardo sabría hacerle de tan sobrehumana hermosura, que sólo á sobrehumano amor movería las almas.

ISMAEL

Empecatados paganos sois todos, y si vuestros sacerdotes y magistrados, como de perseguirnos

á nosotros, que al fin en un solo Dios creemos y los mandamientos de Dios observamos, se cuidaran de pesquisar entre los descreídos...

FLORIO

¿Contra los descreídos pretendes desatar las leyes? ¡Ah, buen judío! Tú quisieras ver arder al Pontífice con todos los príncipes de su Iglesia romana.

ISMAEL

Y ese día será, y no por mano de los hombres, por la mano misma de Dios, fuego del cielo abrasará las ciudades malditas.

FLORIO

¡Silencio, profeta! Tu dios de las tremendas iras no nos asusta; nuestro dios es todo amor y dulzura como el Cristo en que tú no crees; pero en éste has de creer porque aquí le tienes entre nosotros... Nuestro dios es Leonardo.

ESCENA II

DICHOS y LEONARDO

ISMAEL

¡Salud, Leonardo!

FLORIO

¡Salud, maestro!

LEONARDO

¡Salud á todos! ¡Ah, Ismael! Por la fama sabía de tu vuelta á Florencia. Veo que no te olvidaste de Leonardo.

ISMAEL

Aunque en su casa me maltratan.

LEONARDO

¿Quién, Florio y Antonio? Será por chanza, estoy seguro.

ANTONIO

Nos llamó paganos y descreídos.

LEONARDO

Descreídos pudiera ofenderos; pero el paganismo es bella religión, digna de artistas. ¿Qué otra cosa podemos ser sino paganos los que hicimos una religión de la belleza? Es más universal religión que todas, porque á todas comprende al adorar toda belleza. ¿En qué religión no hay algo bello?

ISMAEL

¿De dónde vienes, Leonardo?

LEONARDO

Quizás de más lejos que tú, aunque no me moví de Florencia en este tiempo. Ahora, de admirar tu jirafa. Ya sabes que por orden del *Magnífico* fué paseada como en triunfo por toda la ciudad. Nuestro Duque no es avaro de sus te-

soros, y nunca regateó al pueblo un espectáculo. Mucho puede perdonársele en gracia de esto. Fué una lucida presentación la de tu jirafa. Hasta de los conventos de monjas solicitaron su vista, y era de ver entre las celosías asomar las manos blancas de nobles religiosas para ofrecer al animal, entre miedos y risas, las más delicadas confituras monjiles. ¿Dónde adquiriste tan raro bruto? Gran cuidado tendrías hasta lograrlo aquí vivo y sano.

ISMAEL

Cuidados y dinero. Que su muerte hubiera sido mi ruina.

LEONARDO

¿Y por dónde anduviste?

ISMAEL

Por tierras de África, por Arabia y Egipto. Traje preciosidades. Algunas guardo para mostrártelas.

LEONARDO

En mala ocasión, Ismael; todo el crédito que yo puedo tener contigo no bastaría á pagarlas. Prefiero no verlas.

ISMAEL

Con poseerlas tú están bien pagadas.

LEONARDO

Eres generoso.

FLORIO

Sabe que más pronto ó más tarde han de volver á su poder, y por haber sido tuyas suben de precio.

ISMAEL

Sois tan descorteses como mal pensados.

LEONARDO

Tienes razón, buen Ismael; son espíritus mezquinos, no poseen el arte supremo de dejarse engañar, propio de los grandes. Yo sé que lisonjeas y mientes; pero sé que si fueras igual á mí, debieras decir verdad, porque bien merece Leonardo de Vinci que tus lisonjas sean verdades.

ISMAEL

¿Ahora también soberbio, Leonardo? Nunca lo fuiste.

LEONARDO

Porque miraba dentro de mí más que á mi alrededor. Seguramente, tu jirafa no se juzgó tan alta entre las palmeras de sus desiertos como hoy sobre los ciudadanos de Florencia que se agolpaban por admirarla.

ISMAEL

Cierto. ¿Por qué no has de ser orgulloso, Leonardo, si eres único entre todos los artistas de Italia? Por eso, aunque estos malandrines, y tú mismo, juzguéis adulación mi ofrecimiento, antes que á los grandes señores he de ofrecerte las

preciosidades que traje de Arabia, porque nadie mejor que tú es digno de poseerlas. Y ahora que transformaste con tan singular adorno tus talleres, bien sentarán aquí las sedas de Damasco, los tapices pérsicos, las arcas de sándalo y los cofrecillos de marfil y nácar, con mil secretos escondites labrados, como por artífices que saben de amor y de celos. Y si, como aseguran, estás enamorado...

LEONARDO

¿Tan pronto diste en Florencia con la murmuración ociosa? Ó quizás fueron éstos, mis amigos...

ISMAEL

No, Leonardo; basta con ver tu casa, el atildamiento de tu persona. Sólo el amor es mágico capaz de tales transformaciones. ¿Tienes muchos trabajos encomendados?

LEONARDO

Como siempre.

ISMAEL

¿Y á cuál diste la preferencia?

LEONARDO

Ya sabes que un deseo insaciable de perfección me descontenta siempre de mi trabajo. Ya sé que pudiera lograr provecho y fama si trabajara con presteza atento sólo al vulgar aplauso. ¡Es tan fácil engañar al vulgo! Pero Leonardo sólo trabaja para Leonardo.

ISMAEL

Y ahora sin duda trabajas á tu gusto, y tu modelo es algún personaje de calidad cuando así adornas tu estudio para recibirlo.

LEONARDO

¿No lo sabes? Trabajo en el retrato de Monna Lissa, la esposa de Micer Francisco del Giocondo.

ISMAEL

¿Y es su esposa...?

LEONARDO

Sí; Monna Lissa: ¿de que te asombras?

ISMAEL

De que á ella, entre tantas damas más principales y más hermosas, hayas dado la preferencia.

LEONARDO

Sí, es cierto. ¡Pero á todas sería tan fácil retratarlas!... ¡La historia de todas ellas es tan conocida!... El noble señorío de la una, la altivez patricia de aquella otra, la perversidad de ésta, la bobería de casi todas... Cualquier mediano artista puede salir adelante con su retrato. Pero Monna Lissa no; Monna Lissa es un enigma. Muchos la juzgan la más virtuosa esposa de Florencia; muchos, capaz de las mayores liviandades; nadie se atrevería á confirmar ninguna de las dos suposiciones.

ISMAEL

Y tú ¿aun no sabes á qué atenerte?

LEONARDO

Todos los días creo haber acertado al retratarla, y cuando al día siguiente vuelvo á verla, ya me parece otra. ¡Ah! La sonrisa, aquella sonrisa, que es toda su alma, será la desesperación de mi arte.

ISMAEL

Así, ¿sólo terminaste el fondo del retrato? ¿Y por qué el mar, si Monna Lissa acaso no navegó nunca ni hay mar en Florencia?

LEONARDO

¿Qué mejor fondo para un retrato de mujer que sonríe? ¿Hay nada más parecido que el mar en calma y la sonrisa de una mujer? Dice el azul del mar: navega; y dice la sonrisa: ama; y no es más incierto el mar que la sonrisa. ¿Juzgas tú que pintar un retrato es sólo para que deudos y familiares del retratado admiren el parecido y ponderen cómo es aquélla su misma cara, y cómo hasta un arrapiezo en mantillas le conoció y el perro de la casa? Yo sé que ante mi pintura de Monna Lissa su respetable esposo, Micer Francisco del Giocondo, fruncirá el ceño, y ya más cerca, ya más lejos, buscará las luces, con una mano de pantalla sobre los ojos, y ya entornará el uno, ya el otro, torciendo la cabeza á una y otra parte antes de dejar caer á plomo su opinión autorizada. «Sí, sí; hay algo, no hay duda; es mi mujer; pero esa expresión no es la suya; se advierte que el pintor no la ve como yo á todas horas, porque más suele parecer grave que sonriente.» Y ella misma dirá de seguro: «Sí, soy yo; pero parezco algo más vieja, y ese tocado no es el mío; y mi vestido no parece tan rico...» ¿Qué importa? Cuando ni Micer del Giocondo, ni su bella esposa, ni Leonardo existan, ni memoria de nuestra mortal fama, las gentes dirán todavía ante mi pintura: «He aquí una mujer de enigma y de misterio; una mujer que sonríe, sin que pueda decirse si sonríe candorosa ó maligna; si burla del amor encastillada en su virtud ó en su perversidad. Acaso su vida fué casta y lascivos sus pensamientos; acaso lo contrario. ¿Quién sabe? Y al no saber, todos dirán cómo Leonardo, más que á Monna Lissa, pintó á una mujer, el alma toda de la mujer acaso, un alma de sonrisa engañosa.

FLORIO

Maestro: un servidor de Monna Lissa pide licencia para hablarte en nombre de su señora.

LEONARDO

Decidle que se acerque.

ESCENA III

DICHOS y STELLO

STELLO

Señor Leonardo, salud.

LEONARDO

Salud, gentil doncel. ¿Os envía vuestra señora? Se excusará sin duda de asistir hoy á su retrato.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
32741

STELLO

No sé deciros; por esta carta podréis saberlo. Me dijo que aguardara respuesta.

LEONARDO

(Después de leer la carta.) ¡Oh, oh! ¡Donosa carta! Escuchad, amigos, ya que todos me creísteis enamorado. «Al famoso Leonardo de Vinci, salud. Perdonadme si de hoy más no asisto á vuestra casa; mi retrato, en que trabajáis tanto tiempo sin salir con él adelante, es ya tema de murmuración en la ciudad, y mi noble esposo, aunque ni de mí ni de vos pueda tener sospecha, debe inquietarse con razón de que los demás pudieran tenerla. De todas suertes, no quisiera dejarais de terminar la pintura, y ya que no me tengáis presente, os envío mi vestido y tocado, y os envío á mi paje Stello, del que todos afirman se me asemeja en extremo. Vos me diréis si es tanto el parecido; yo estoy por creer que lo sea, porque á su madre, esclava en nuestra casa, túvola siempre mi padre en gran estimación, y dicen que yo soy también vivo retrato de mi padre. Yo no le conocí, y no hubo un Leonardo para dejarnos su pintura. Si mi paje es tal como dicen, terminad con su copia mi retrato, y si en algo fuera de mí diferente, vuestra imaginación sabrá suplirlo con mi recuerdo; tanto me habéis contemplado, que no creo necesitéis de mi presencia para recordarme...» ¿Qué decís?

FLORIO

Que, en efecto, el pajecillo es vivo trasunto de su señora.

ANTONIO

Es tal como si fueran mellizos.

LEONARDO

Ya oíste la carta de tu señora. Las doncellas que asisten á su tocado cuando ella me sirve de modelo te vestirán con el traje y las galas que trajiste. Serás mi modelo...

STELLO

¡Señor!

LEONARDO

Antonio, Florio, conducidle. Prevenid á las músicas y cantores; prevenidlo todo como cuando su señora asiste.

ANTONIO

Ven con nosotros, nada temas. Leonardo sigue la broma de tu señora. *(Entran Stello, Antonio y Florio.)*

ISMAEL

¿De músicos y cantores te rodeas para trabajar?

LEONARDO

De todo lo que pueda alegrar á Monna Lissa, de modo que sonría siempre. Todo lo que vea y escuche sea placentero; dulces músicas, cancio-

nes de amor afortunado, chanzas y donaires de juglares y caprichosos juegos de agua saltadora, y los pájaros de más alegres trinos y lindos gozquejos y grotescos simios y la mentira de mi amor que ella juzga mortal herida en mi corazón y eso le basta para sonreir, porque no sabe que Leonardo es el que nunca amó por amar demasiado. *(Antonio y Floro vuelven con Stello vestido de mujer con el traje de Monna Lissa en el cuadro conocido por* La Gioconda.)

FLORIO

Aquí tenéis á vuestra señora.

LEONARDO

¡Tú!

ANTONIO

¿No es asombrosa la semejanza?

FLORIO

¿Quién dirá que no es ella misma?

LEONARDO

¿Ella misma decís? ¡Señora!... ¡Stello! ¿Eres tú? ¡Qué importa! Sonríe como ella, sonríe así... sonríe. Nada quiero saber. Nunca comprendí tu alma de enigma como ahora. Sonríe así, que Leonardo consagra esa sonrisa á la inmortalidad.

(Empezará á oirse una muy dulce música y cae el telón.)

EL ÚLTIMO MINUÉ

BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO